823
W.

CAPILLA ALFONSINA

PR5774
.T6
S6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPITULO I

De la casa Bladesover, de mi madre y de la constitución de la socidad

I

La mayor parte de las gentes de este mundo parecen que viven «en carácter»; pues tienen su principio, su medio y su fin, y las tres cosas dependen una de otra y son verdaderas para las reglas de su tipo. Podemos hablar de ellas como si fueran de éste ó de aquél tipo. No son, como dice la gente de teatro, ni más ni menos que «actores en carácter». Tienen su correspondiente clase, su localidad, y saben lo que sucede en ellas y lo que se les debe, y el tamaño adecuado de sus lápidas de panteón, dicen, por último, lo bien que han representado sus respectivos papeles. Pero hay también otra clase de vida en la que no se vive tanto de ensayos. Se ve uno herido de través por alguna fuerza insólita, se ve uno lanzado de la capa general y obligado á vivir siempre atravesado toda la vida. Yo soy precisamente una de esas personas, y por eso me pongo á escribir sobre esto en forma de novela. He recibido tan raras impresiones, que necesito forzosamente decir algo de ellas con la mayor

urgencia. He visto la vida desde diferentes alturas, y desde todas esas alturas la he visto con una especie de intimidad, y sobre todo, de muy buena fe. He sido nativo de mis países sociales. He sido huésped mal recibido de un primo mío que era panadero, que murió después en el hospital de Chathan; he comido ilegalmente de las dispensas de otros —el injustificable regalo del lacayo— y me he visto despreciado por mi falta de estilo (y por consiguiente casado y divorciado) con una hija de un empleado en la fábrica del gas; y, para tocar otros extremos, diré también que en una ocasión me ví —¡oh días esplendorosos aquellos!— entre la familia de una condesa. Era esta una condesa de aspecto financiero, pero condesa al fin, no les quepa á ustedes la menor duda. En su mesa no sólo encontré lo noble sino lo grande. Recuerdo muy bien que en una ocasión vertí el champañ de mi copa sobre los pantalones del mayor estadista del imperio, en medio del entusiasmo de nuestra mutua admiración; ¡pero líbreme Dios de pronunciar su nombre por envidia ó vanidad!

En esta ocasión (esta es la cosa más accidental de mi vida) asesiné á un hombre... Sí, es mucha verdad, yo he visto gran variedad de gentes y diferentes maneras de vivir. Casi todas eran personas muy extrañas, altas y bajas, muy parecidas en su fondo, y completamente diferentes en sus superficies. Hubiera deseado poder abarcar más categorías, altas y bajas. Comprendo que debe ser muy interesante y divertido al mismo tiempo conocer á personas reales. Pero mi contacto con los príncipes se ha limitado siempre á las veces que los he visto por la calle, y por el otro extremo de la escala social tampoco he tenido ocasión de alternar con la gente sucia y empolvada que anda á pie por las carreteras y se reunen á beber en los ventorros. Mi trato con la jerarquía de duques no fué tempoco muy importante; en una ocasión salí de caza con un duque y cometí la torpeza de pegarle un tiro en las pantorrillas, pero no le dí.

Siento por lo tanto no haber podido completar el estudio de todas las clases...

El lector querrá saber, como es natural, cómo me arreglé para estudiar estas clases sociales, esta gran sección del organismo social británico. Por un accidente de nacimiento, por eso fué, sí, señores. Y este nacimiento ocurrió en Inglaterra. Yo era el sobrino de mi tío, y mi tío era nada menos que Eduardo Ponderevo, cuyo tránsito financiero parecido á un cometa, ocurrió hace diez años. ¿No recuerdan ustedes los días de Ponderevo, quiero decir sus grandes días? ¡Será porque no les interesa ni poco ni mucho las comisiones rentísticas! Pero tienen ustedes que conocerle por fuerza, porque si bien es verdad que aquello fué tan fugaz como el paso de un cometa, en cambio dió un trueno tan grande como si hubiese estallado en el espacio un cohete enorme de grande, y todos los accionistas hablaron de su estrella. ¡Cielos, qué tiempos aquellos! ¡El Napoleón de las conveniencias domésticas!...

Yo era su sobrino, su peculio é íntimo sobrino, y andaba siempre cogido á los faldones de su levita. Antes de principiar sus especulaciones le ayudaba á hacer píldoras en su laboratorio de Wimblehusrt. Se puede decir que yo era la caña de su cohete, y después de habernos elevado considerablemente, después de haber jugado con muchos millones, y derramado una lluvia de oro desde las alturas, cuando mis juveniles ojos principiaban á vislumbrar el mundo moderno, caí medio derrengado cerca del Támesis en medio del estruendo de las hermosas realidades de la industria del acero, y me encontré que tenía veintidós años, que había velado la juventud y que era preciso pensar en algo serio...

Participo á ustedes que este libro va á resultar una aglomeración de muchas cosas. Necesito trazar mi trayectoria social (y la de mi tío) como línea principal de mi historia, pero como es mi primera

novela, y seguramente será la última, tengo por fuerza que introducir en ella todo lo que me llamó la atención, todas las cosas que me impresionaron y divirtieron, vengan ó no á cuento. Necesito hablar de mis extraños amores tal como realmente fueron, porque estos amores me trastornaron de mala manera, me dejaron tan mal parado que aun hoy veo lo conveniente que será que escriba de aquel asunto que tanto tiene de discutible. Pero al hablar aquí de dichos amores será probable que me meta también en descripciones de ciertas personas que podíamos llamar transuentes, y lo haré solamente porque me complace recordar lo que hicieron y dijeron, y sobre todo como se portaron conmigo en mis breves pero brillantes días del Tono-Bungay. Sí, tengo que introducir en esta novela muchas cosas. Las ideas que tengo yo sobre la novela son mucho más comprensivas que austeras...

II

He repasado lo que acabo de escribir, y confieso que me quedan mís dudas respecto á si con con lo dicho quedará bien explicado lo que pensaba decir de este libro. Veo si, que la impresión que tendrá el lector que lea las anteriores líneas, es que deseo hacer un almodrote de anécdotas y sucedidas, colocando á mi tío en medio como figura principal. Tengo que tratar de muchísimas cosas, pero comprendo que en medio de todo la idea principal mía es tratar aquí de la vida — tal como la encontró un hombre. Deseo hablar de mí mismo, de las cosas que me obligaron á sentir intensamente las leyes, las tradiciones, las costumbres é ideas que llamamos sociedad, y como marchamos nosotros revueltos en medio del torbellino que nos empuja incesantemente. Creo haber principiado á la edad cuando las cosas comienzan á tomar formas que tienen ya aire de realidad, cuando ya no

se prestan al ensueño, cuando las cosas, digo, son interesantes. He alcanzado la edad de la crítica del novelista, y aquí estoy ya escribiendo ahora mi novela, mi propia novela, sin poseer ninguna disciplina para poder refrenarme ú omitir lo que convenga, dotes que supongo adquiere el novelista de oficio.

Antes de coger la pluma para escribir este libro he leído bastantes novelas, y veo que me será imposible seguir las reglas del arte, no podré refrenar mis ímpetus. Tengo grandes deseos de escribir, pero ignoro la técnica, no sé como se escribe una novela, porque no soy escritor, soy ingeniero; he hecho varios proyectos y no tengo más que ideas. En ingeniería estoy bastante fuerte, sobre todo en lo que se relaciona con las turbinas y otra clase de maquinaria, y también he estudiado algo por afición las máquinas voladoras; así es que mi libro va á resultar bastante flojito por falta de costumbre, por lo que tendré que bregar mucho para desarrollar aquí lo que bulle en mi cabeza. Y el caso es, que lo que tengo que decir no es ningún cuento ni mucho menos, sino realidades indómitas. Deseo referir sobre todo mis amores, y si logro interesar al lector con mi narración, habré conseguido bastante; pero estos amores van mezclados con otras varias cosas, y de ahí precisamente dimanan mis dificultades, así es que veremos cómo salgo de este atolladero...

Pero basta ya de preámbulos; creo que con lo dicho hay más que suficiente para disculparme por mi falta de método en lo que seguirá después. Allá van mis impresiones de muchacho tal como las siento, y lo que me sucedió en la casa Bladesover.

III

Andando el tiempo llegué á comprender que la casa Bladesover no era lo que parecía, pero de muchachito lo tomaba todo con la fe ciega de un com-

pleto y auténtico microcosmo. Creía que el sistema Bladesover era un pequeño modelo del mundo en conjunto.

Procuraré explicarme para ver si consigo que el lector se forme una idea exacta de todo esto.

Bladesover está situado en Kentish Downs, á unas ocho millas de Ashborongh; y su antiguo pabellon, pequeña parodia de madera del templo de Vesta en Tivoli, edificado en la cresta de la montaña que hay detrás de la casa, domina en teoría el Canal de la Mancha, que se ve allá por la parte Sur, y el Támesis que se descubre por el Noreste. El parque de esta finca es el segundo, en extensión, de Kent; tiene magnífico arbolado, el más altísimo, hayas y castaños gigantes, y su parte de manigua ó matorral, con arroyuelos cruzados por puentecitos rústicos y grandes claros cubiertos de césped. La casa es de ladrillo encarnado y data del siglo dieciocho, es muy grende y se parece mucho á los castillos de Francia. Además de esta casa señorial hay en la extensa finca otros edificios, como son la casa de labranza, los graneros, etc., pues hay extensiones considerables de tierras donde siembran cereales. Casi cubierta por los altos álamos está la iglesia de la aldea inmediata de Ropedean, situada hacia la parte Norte de la finca. El párroco de esta iglesia se quejaba, por aquél entonces, de que, debido á lo mucho que tenían que pagar al señor de aquellas tierras, no podían prosperar sus feligreses.

La inevitable sugestión de esta gran finca que dominaba la iglesia, la aldea inmediata y gran parte de aquella comarca, era que sus dueños representaban la casa más importante del mundo, y que todas las demás casas eran insignificantes en comparación con ellos. Representaban la nobleza, la calidad, entre las demás gentes del mundo, y todos aquellos trabajadores del campo, todos aquellos colonos, criados de la casa, habitantes de la aldea inmediata y hasta los comerciantes de Ashborongh, respiraban porque ellos se lo permitían. El lujo de los grandes salones de aquella hermosa casa contrastaban con la suma pobreza de las habitaciones de la casita del cura, con las oficinas de correos de la aldea y con los demás edificios. Tenía yo por aquel entonces unos trece ó catorce años, y á esa edad, no sé si por haber heredado de mi padre algo de escepticismo ó por alguna otra causa, principié ya á dudar si el vicario señor Barlett, conocía realmente todo lo concerniente á Dios; y después dí un paso más, y comencé á pensar también en si era justo que existiera en el mundo esta clase de nobles que miraban con tanta indiferencia á los que no lo eran. A esa edad empecé yo ya á sublevarme; resolví casarme con la hija de un vizconde, y en abierta rebelión le amoraté el ojo izquierdo, — creo que fué el izquierdo, — á un hermanastro de la muchacha.

Esto lo explicaré después en su lugar correspondiente.

Aquella gran casa, la iglesia, la aldea, los trabajadores y demás dependientes, me parecían á mí que formaban un sistema completo social. Cerca de esta finca había otras pertenecientes á otros señores, que paseaban olímpicamente por las alamedas de sus propiedades, y todas aquellas aldeas inmediatas, que no eran más que agrupaciones de casas dentro de sus tierras, les pertenecían, y creía yo que aquel era el orden de todo el mundo. La idea que yo tenía de Londres es que era un pueblo como aquellos de provincias, pero muy grande, donde la nobleza tenía sus casas y compraban cosas magníficas en las tiendas, y que á la cabeza de la nobleza estaba la reina, que formaba ya la suprema nobleza. Mi madre me había instruído en todas estas cosas tan cuidadosamente, que podía yo haber seguido viviendo en el Limbo de haber observado al pie de la letra sus consejos.

Aun hay muchísimas personas en Inglaterra para las cuales no ha amanecido todavía el nuevo día.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Hay momentos que dudo mucho si la mayor parte de los ingleses se han dado cuenta de que hoy no existe ya el orden que regía antiguamente. Las ideas de democracia, de igualdad y sobre todo de promiscua fraternidad, no han entrado en realidad en la mente del inglés. Nuestro pueblo no formula nunca; guarda las palabras para las chanzas y las ironías. Mientras tanto permanecen las formas y actitudes antiguas, aunque algo cambiadas. La casa Bladesover está hoy alquilada con muebles y todo á sir Renben Lichtenstein, la alquilaron poco después de morir la anciana lady Drew. Mi madre fué ama de llaves de esta casa, y yo estuve en ella cuando mi tío se hallaba en el apogeo del Tono-Bungay. Visité después esta casa y hallé alguna diferencia en ella, pero la gente de la aldea, según pude observar, seguía lo mismo que antes; para ellas no había diferencia de ninguna clase; al pasar por la aldea me saludaron algunos de los que me conocían, y tuve intenciones de detenerme un momento para hacerles algunas preguntas sobre los antiguos dueños de la finca, pero después no lo hice.

En aquella parte de Inglaterra donde pasé mi niñez cada sér humano tenía su «puesto», que le pertenecía por derecho de nacimiento, como le pertenece á uno el color de sus ojos, era una cosa natural, era el destino de la persona. Los que eran más que uno estaban arriba, y los que eran menos estaban abajo, y no había que pensar en que por algún cambio inesperado de la fortuna variaran las cosas; aquello era inexorable, no podía variar nunca, no había que pensar en que llegase un día que pretendieran ser nuestros iguales.. Lady Drew era la cabeza y centro de nuestro sistema, y aquella anciana, y su prima la señorita Somervilla, que era tan anciana como ella, y la acompañaba por todas partes, vivían recordando sus genealogías en la casa Bladesover, como viven dos pepitas en un hueso seco de fruta. Recuerdo muy bien que cuando era yo un chiquilla consideraba á estas dos pobres criaturas, cargadas de años, como si fueran el mismo Dios. Cuando salían á pasear un poco por el parque huía yo en seguida y me ocultaba entre los árboles para que no me vieran; pero algunas veces tenía que presentarme ante ellas por expreso mandato, y entonces me decían que confiaban que sería buen muchacho. Después que me peleé á puñetazo limpio con el joven Garvell, no volví á ver á estas dos viejas aristócratas.

IV

En la casa Bladesover había muchas cosas que me fastidiaban soberanamente; una de ellas era la hora de tomar el te, sobre todo cuando estaban las señoras Mackridge, Booch y Latude-Fernay. Eran antiguas protegidas de lady Drew, que les daba un te cada año. A pesar del tiempo transcurrido me acuerdo muy bien de las tres así como de la señorita Fison, que era doncella de la casa. La señora Mackridge era alta y morena, y se pintaba el cabello, aunque según se decía llevaba peluca, y había sido camarera de la viuda de sir Roderick Blenderhasset Impey, que fué gobernador de la India, y lady Impey debió ser una mujer de un orgullo y altanería insoportables, á juzgar por lo que se le había pegado de ella á la señora Mackridge, que era el verdadero espíritu de la contradicción, pues bastaba que dijera uno que hacía buen día para que contestase ella que donde teníamos los ojos.

La señora Booch era bajita, de cabello castaño, con unos ricitos que le tapaban las orejas, ojos azules muy grandes, y muy oportuna en contestar. De la señora Latude-Fernay, no recuerdo más que su nombre y que era rubia. La señorita Fison, camarera de lady Drew y al mismo tiempo de la señorita Somerville, mi madre y el despensero Rabbits, se sentaban también á la mesa. Los recuerdo á todos como si los estuviese viendo ahora; me parece que en este momento les oigo hablar.

—¿Quiere usted azúcar, señora Mackridge? ¿y usted señora Latude-Fernay? —acostumbraba á preguntar mi madre.

La palabra azúcar daba ocasión para que la señora Mackridge dijera en tono despectivo que, había muchas personas que no lo tomaban porque hacía engordar demasiado.

—Pero con el te no sucede eso, —dijo Rabbits dándoselas de hombre inteligente.

—No sé lo que llegarán á decir con el tiempo, —dijo la señorita Fison.

—¡Dicen unas cosas por ahí! —exclamó la señora Booch.

—Dicen que los médicos no lo recomiendan ahora, —dijo con mucha gravedad la señora Mackridge.

—¿No lo recomiendan? —preguntó mi madre.

—No, señora, —contestó la Mackridge.

—¡No muevas tanto la silla, Jorge! —exclamó mi madre dirigiéndose á mí.

Después de hablar por lo regular de lo que decía *The Mornnig Post*, diario que leía la señora Mackridge, y por eso estaba muy al corriente de los que iban empleados á las colonias. «Se dice que á lord Teweedums lo han destinado al Canadá».

—¡Ah! —exclamó Rabbits, —¿va por fin allá?

—No es él, —dijo mi madre. —Es el primo del conde Slumgeld.

—Sí, señora, tiene usted razón, —dijo la señora Mackridge, —él es el que va al Canadá.

Aunque yo era por entonces un muchachito que no hacía más que escuchar todo esto que decían allí de los altos empleados que iban á las colonias británicas, no por eso dejaba de pensar en si aquellos colonos tendrían siempre la paciencia de aguantar á todos estos invasores aristócratas, que salían de Inglaterra para gobernarlos.

V

Me sería algo difícil el poder explicar aquí, el por qué no hice yo lo que otro cualquiera hubiera hecho en mi lugar en aquellas circunstancias. El no hacerlo creo que obedeció á cierto escepticismo innato y á cierta ineptitud para la asimilación simpática. Creo que mi padre fué bastante escéptico; mi madre era además una mujer muy seria, de carácter verdaderamente duro.

Por entonces, que como ya dejo consignado era yo un chicuelo de poca edad, no sabía siquiera si mi padre vivía ó si había muerto. Abandonó á mi madre cuando aun no tenía yo uso de razón, y ella indignada destruyó todo lo que pudiera traerselo á la memoria. No pude ver su fotografía ni una sola línea escrita por él, y si mi madre no llegó á romper y quemar la partida de casamiento, fué indudablemente por el aceptado código de virtud y discreción, que si no también hubiera hecho trizas este documento. Supongo que debí heredar algo de la moral estúpida que permitió á mi madre hacer un holocausto hasta de la cosa más insignificante que tenía de mi padre. Lo único que guardaba de sus regalos era el anillo de boda, lo demás lo destruyó todo. Ni me dijo nunca su nombre de pila, ni me quiso hablar una sola palabra de él, y lo poco que llegué á saber de mi padre lo supe por su hermano, por mi héroe, por mi tío Ponderevo. Mi madre llevaba puesto el anillo nupcial, y la partida de casamiento la tenía en un sobre lacrado que guardaba en el fondo de un baúl. Tengo además que participar á ustedes que no pasé todo el tiempo de mi niñez en la casa Bladesover; mi madre me metió interno en uno de los colegios que hay en las montañas de Kent, y cuando tenía unos trece años pasaba de cuarenta á cincuenta días, cada año, en dicha casa con mi madre.

En estos días de vacaciones disfrutaba yo mu-